

Caballeros de Colón presenta
La Serie Veritas
“Proclamando la fe en el tercer milenio”

La Iglesia Primitiva

por

MIKE AQUILINA

Editor General
Padre Juan-Diego Brunetta, O.P.
Director of the Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council

Nil obstat
Censor deputatus
Father Kris D. Stubna, S.T.D.

Imprimatur
David A. Zubik, Obispo de Pittsburgh

El *Nil obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que el libro o folleto está libre de error doctrinal o moral. No implica que quienes han concedido el *nil obstat* e *imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Copyright © 2009 del Consejo Supremo de Caballeros de Colón. Todos los derechos reservados.

Portada: *Sailors manifesting their faith*. Museum, Qasr-el-Lebia, Libya. © Gilles Mermet/Art Resource, New York.

Este folleto no puede ser reproducido o transmitido ni total ni parcialmente en ninguna forma ni en ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones ni registrado por ningún sistema de recuperación de información sin la autorización escrita del editor. Escriba a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council
PO Box 1971
New Haven, CT 06521-1971

www.kofc.org/sic
cis@kofc.org
203-752-4267
203-752-4018 fax

Impreso en Estados Unidos de América

CONTENIDO

HISTORIA ANTIGUA Y NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA	5
Eusebio de Cesárea	8
UNA Y CATÓLICA	8
San Ignacio de Antioquía	12
LA ORDEN DE LA IGLESIA	12
San Clemente de Roma	15
LA FAMILIA EN LA MISIÓN	16
San Juan Crisóstomo	19
LA IGLESIA Y LA CULTURA DE LA MUERTE	20
Carta a Diogneto	22
PERSECUCIÓN Y MARTIRIO	23
San Policarpo de Esmirna	26
HEREJÍAS, CONCILIOS Y CREDOS	27
San Atanasio de Alejandría	30
LA BIBLIA Y EL CREYENTE	31
Orígenes de Alejandría	34
LOS SANTOS PADRES	35
San Jerónimo	37
ACERCA DEL AUTOR	38
LECTURAS RECOMENDADAS	39

LA IGLESIA PRIMITIVA

HISTORIA ANTIGUA Y NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA

Las cosas antiguas tienen algo de romántico. Nos emocionamos ante las noticias de arqueólogos que descubren tesoros de tiempos remotos. Leemos – o detenemos el control remoto del televisor – cuando un erudito promete descifrar los secretos de un pergamino recién descubierto.

Cuando el tema es el Cristianismo antiguo, sentimos una especial emoción. Durante esos primeros siglos, la Iglesia experimentó un crecimiento explosivo, pero solo dejó algunos rastros aislados, así que todas las historias deben inspirarse en la misma reducida colección de claves: los mismos fragmentos de alfarería y piel de becerro...las mismas referencias superficiales en documentos imperiales...los mismos extraños símbolos que han quedado en murales y mosaicos...los mismos pocos sermones y cartas que nuestros antepasados espirituales tuvieron el cuidado de preservar. Entre las formas de estas sombras, intentamos descifrar nuestro “código genético” espiritual para comprender mejor a los cristianos que somos y a los cristianos que deseamos ser.

Sin embargo, algunos oponentes del Cristianismo ven los nuevos descubrimientos como evidencia de que la doctrina cristiana es inconsistente, inconstante, oportunista y básicamente falsa.

De este modo, cuando se realiza un nuevo descubrimiento, ya sea un terreno con catacumbas o un evangelio apócrifo, se convierte en noticia destacada. Y a veces, *incluso cuando no hay noticias reales*, los medios fabrican noticias.

Cuando hace varios años salió a la luz el llamado “Evangelio de Judas”, la noticia apareció durante semanas en los principales periódicos y programas de televisión. Los titulares hablaban de “nuevas revelaciones” que pondrían en duda y cambiarían las creencias de los cristianos acerca de su origen. Pero fue un fracaso. No existían nuevas revelaciones.

Al despuntar el milenio, la película y la novela de las que más se habló – *La Pasión de Cristo y el Código Da Vinci* – también trataron sobre los orígenes del Cristianismo. El director de la película se esforzó por lograr una gran exactitud histórica y enfureció a los críticos seculares. Por su lado, el autor de la novela se basó en teorías de conspiración, falsificación y fraudes, enredando los principales detalles históricos prácticamente en todos los capítulos, pero no lo cuestionaron ni los medios crédulos ni el público.

Lo que tenían en común la película y el libro era su interés en los orígenes del Cristianismo y su descomunal éxito. Y no son los únicos. Un erudito bíblico señaló recientemente: “Durante los últimos cinco años, numerosos libros sobre los primeros tiempos del Cristianismo han ocupado el primer lugar en ventas. Los especiales sobre figuras como Jesús y Constantino se producen a tal escala, que podrían llenar los canales de televisión sobre historia durante veinticuatro horas”¹

El Cristianismo antiguo es una atracción probada en las taquillas y las librerías. Nuestro prójimo tiene curiosidad por la Iglesia primitiva y más que deseos de obsesionarse por ésta.

¹ Darrell Bock, “When the Media Became a Nuisance”, *Christianity Today*, December 2007.

Pero, ¿cómo se debe proceder para estudiar el Cristianismo antiguo cuando las narraciones de los medios han estado escandalosamente mal informadas?

Creo que la clave para comprender la Iglesia primitiva es un nuevo conocimiento de las fuentes antiguas. En este libro presentaremos a las figuras más importantes de los primeros siglos del Cristianismo. Leeremos sus palabras, escucharemos su versión de la historia. Deseo que muchos lectores sigan estudiando las obras de estos autores antiguos en ediciones más completas y en historias más detalladas. (Al final de este libro se encuentran algunas lecturas recomendadas).

Lo que encontramos en la Iglesia Primitiva deberíamos llamarlo correctamente “Cristianismo clásico”. Durante las primeras generaciones, la Iglesia ya tenía cierta forma discernible. Poseía estructuras de autoridad bien establecidas, un canon de escritos sagrados y patrones de ritual de culto. Más precisamente: era una Iglesia que contaba con obispos, sacerdotes y diáconos. Tenía un papa. Sus seguidores veneraban a la Santísima Virgen María y buscaban la intercesión de los santos. Era una Iglesia que oraba por los muertos que sufrían en el purgatorio. Era una Iglesia que ungía a los enfermos con santos óleos, que llamaba a la Misa un sacrificio y que bendecía a su gente con agua bendita.

Y tenía un nombre que llenó de satisfacción a sus seguidores: *Católico*.

Hoy, cuando los católicos observamos el pasado entre las ruinas fragmentarias de esos primeros siglos, no podemos más que reconocer algo muy familiar, y tampoco podemos más que esperar hacer ese *algo* más familiar también para otros, especialmente para los millones que comparten nuestro interés por los antiguos, pero a quienes les falta la fe que nosotros hemos heredado.

Breve perfil: Eusebio de Cesarea (ca. 260 a ca. 340)

El Papa Benedicto XVI dijo que Jesucristo “siempre viene a nuestro encuentro” en las páginas de la historia.² Los antiguos cristianos lo creían y es así como tuvieron cuidado por preservar la memoria de aquellos que se habían ido en la fe antes que ellos. En el Siglo III, un hombre proveniente de Palestina, llamado Eusebio, se impuso la tarea de registrar la historia cristiana de manera enciclopédica. Empezó realizando una línea del tiempo, una *crónica*, pero pronto el proyecto creció hasta convertirse en una inmensa *historia* de los tres primeros siglos de la Iglesia, desde la época de los Apóstoles hasta el final de la persecución romana. Eusebio se inspiró en los trabajos de historiadores anteriores y viajó a iglesias distantes para consultar sus archivos. Le gustaban las citas textuales de fuentes antiguas y de gran extensión. En muchos casos, solo conocemos algo acerca de estas fuentes antiguas gracias a las citas de Eusebio. Se han perdido los originales más antiguos. En la primera página de *Historia Eclesiástica*, Eusebio señala que las auténticas iglesias son aquellas que trazan “líneas de sucesión a partir de los santos apóstoles”, es decir, que poseen obispos ordenados legítimamente. Estas son las iglesias que conforman la Iglesia Católica. En Eusebio reconocemos la fascinación por la antigüedad que aún hoy compartimos, por el deseo de demostrar que la fe “no es nueva ni extraña, sino...primitiva, única y verdadera”.³

UNA Y CATÓLICA

En el Credo profesamos nuestra creencia en la Iglesia que es *una, santa, católica y apostólica*. La particular fórmula data del Concilio de Constantinopla en el año 380 A. D., pero desde el tiempo de los apóstoles, cada una de las cuatro “marcas de la Iglesia”, ha sido de vital importancia para los cristianos. En el Libro de los Hechos leemos que “la multitud tenía un solo corazón y una sola alma” (4,32) y que “todos se reunían

² *Deus Caritas Est* 17.

³ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*

asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones” (2,42).

Jesús oró por la unidad – “para que sean uno, como nosotros” (Juan 17,11) – y decretó que “habrá un solo rebaño y un solo pastor” (Juan 10,16). Los cristianos de la antigüedad tuvieron mucho cuidado de preservar dicha unidad, incluso cuando la Iglesia se expandió “hasta los confines de la Tierra” (Hechos 1,8). Es casi seguro que al finalizar la generación apostólica, el Cristianismo había rebasado la frontera oriental del Imperio Romano, hasta la India. Parece probable que gracias a la facilidad de transporte y a las comunicaciones en el imperio, la fe llegó también a las fronteras occidentales y que la brutal persecución de Nerón, misma que inició en el 64 A. D, la ayudó a extenderse. Los esfuerzos por aplastar a la Iglesia solo sirvieron para extender el Evangelio más allá de sus fronteras. Cuando cayó la espada, los creyentes “huyeron...a las ciudades de los alrededores y allí anunciaron la Buena Noticia” (Hechos 14,5-7).

El Evangelio llegó a los confines de la Tierra, pero el Evangelio proclamado en Roma era el mismo que se proclamaba en Antioquía, Alejandría, Éfeso, Corinto y Filipos. Los Apóstoles predicaron “hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos”. (Efesios 4,5-6).

En el mundo antiguo, la religión era en su mayor parte un fenómeno local. La gente adoraba dioses locales que ejercían poder sobre ciertas tierras o tribus. Incluso el judaísmo, que reconocía a un solo Dios, sostenía que dicha revelación divina se había dado solo a un grupo étnico favorecido. Paradójicamente, la universalidad del Cristianismo lo distinguió de otras religiones.

Los cristianos distantes unos de otros – y de muchas formas *diferentes* unos de otros – podrían trazar a partir de su vocabulario, experiencias, rituales y creencias lo que todos tenían en común. Esta unidad y universalidad destaca a través de los primeros textos cristianos. La *Didaché*, escrita en la Siria en el Siglo I, presenta una liturgia cuyos detalles concuerdan con los ritos descritos por San Pablo en su Primera Carta a los Corintios. Un poco más tarde, durante el Siglo

I, San Clemente de Roma escribió una larga carta a la lejana Iglesia de Corinto mencionando muchos asuntos disciplinarios y doctrinales, asumiendo, nuevamente, que tenían todo esto en común. Cerca del 107 A. D., San Ignacio de Antioquía escribió a iglesias tan lejanas como Éfesos, Esmirna y Roma, miles de palabras, inspiradas en la fe que compartían. Su amigo San Policarpo, Obispo de Esmirna, escribió una carta de exhortación a los cristianos de Filipos. En las tres cartas se asume básicamente que es la misma fe, incluso cuando viaje a nuevos lugares.

Sin embargo, a pesar de la apabullante evidencia, algunos eruditos modernos sostienen que en esos primeros años no existía un solo *Cristianismo*, sino más bien muchos “cristianismos”. Afirmaban que existían muchos grupos que competían con “protortodoxia” por la supremacía y la supervivencia.

Esta afirmación plantea muchas dificultades. En primer lugar, se tiene poca evidencia de estos grupos salvo lo que se encuentra en los escritos de los apóstoles y Padres Apostólicos, donde en la mayoría de los casos aparecen como una molestia local. No es sino hasta finales del Siglo II cuando se encuentra a un hereje (Marción) que proclama la universalidad de su doctrina. Incluso entonces, Marción la realizó imitando a la Iglesia Católica, erigiendo su base en Roma y adaptando las liturgias establecidas y las costumbres de la decoración de la Iglesia.

Los defensores de las hipótesis de los “muchos cristianismos” dicen que se tienen muy pocas evidencias de las herejías puesto que fueron brutalmente suprimidas por el movimiento protortodoxo. Esto es sencillamente falso. Durante esos siglos, la Iglesia no tenía poder para imponer la doctrina. La Iglesia misma era perseguida por las autoridades civiles y sin embargo, los herejes rara vez lo fueron. Incluso los perseguidores paganos no reconocieron a estos “cristianismos alternativos” como cristianos.

Desde su inicio, la Iglesia Cristiana fue *una*, y era *apostólica*. Al escribir cerca del 190 A. D., San Ireneo (un hombre ya muy viejo para entonces), dijo que su maestro, San Policarpo, “enseñó siempre lo que había aprendido de los Apóstoles, lo mismo que transmite la Iglesia, las

únicas cosas verdaderas”.⁴ Cuando se habla de interpretación bíblica, San Policarpo escribió sobre la necesidad de probar cualquier doctrina contra la doctrina de sus predecesores, los Apóstoles: “...todo el que tergiversa las palabras del Señor para sus propios deseos carnales...es el primogénito de Satanás”.⁵

La fe apostólica también era *universal* – *katholikos* en griego – es decir, católica. A los primeros escritores cristianos les gustaba este término. “Allí donde aparezca el obispo, allí debe estar el pueblo”, escribió San Ignacio de Antioquía, “tal como allí donde está Jesús, allí está la iglesia universal”⁶ Cuando San Policarpo murió, oró por “toda la Iglesia Católica”,⁷ e incluso sus acusadores lo describieron como “un obispo de la Santa Iglesia que está en Esmirna”.⁸ La iglesia de Policarpo fue la “Iglesia de Esmirna” y sin embargo era Católica. Estaba unida a la Iglesia verdadera en todos lados.

En esos primeros años no existía la imprenta y no toda la gente podía darse el lujo de poseer sus propias Escrituras. De todos modos muy pocos de ellos podían leerlas. El corazón de la proclamación Cristiana era la llamada “regla de fe”, una especie de breve resumen de la doctrina. Aunque la redacción variaba de un lugar a otro, las fórmulas del contenido eran notablemente coincidentes. Proclamaban que Dios se volvió hombre en Jesucristo, cuya vida había sido predicha por los profetas y que Cristo murió, se levantó de entre los muertos y fue glorificado. Es posible que dichas fórmulas se convirtieran en los credos bautismales uniformes que aún recitamos hoy.

Los primeros Padres de la Iglesia se consideraban a sí mismos como guardianes de este depósito de fe. Lo que les transmitieron a los Apóstoles – las Escrituras, las liturgias, la regla de fe, la sucesión –lo

⁴ San Ireneo, *Contra los Herejes* 3.3.4.

⁵ San Policarpo, *Epístola a los Filipenses*

<http://www.scribd.com/doc/6828650/EPISTOLA-A-LOS-FILIPENSES-DE-SAN-POLICARPO>

⁶ San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Esmirnianos*, 8

⁷ *Martirio de Policarpo*, 8

⁸ *Ibid*, 16.2

consideraron como su guía, proclamándolo en nuevas tierras, nuevas eras, hasta nosotros.

Breve perfil: San Ignacio de Antioquía (fallecido *ca.* 110)

San Ignacio fue el tercer obispo de Antioquía, el primer lugar en que a los discípulos se les llamó “Cristianos” (Hechos 11,26). Arrestado por su fe, fue llevado a Roma para ser condenado. Su inminente martirio hizo de él una celebridad mientras pasaba por las ciudades a lo largo del camino. Escribió cartas a las iglesias. Siete sobrevivieron y nos brindan ricos detalles acerca de la vida de los cristianos antiguos. Por Ignacio sabemos que en cada iglesia presidía un obispo en el lugar de Dios. Sabemos que la Eucaristía era el centro de la vida cristiana y que la doctrina de la Presencia Real ya se enseñaba con gran claridad. Creer en la Presencia Real era para Ignacio una de las marcas de la fe verdadera: “Nótense aquellos que sostienen opiniones heterodoxas...se abstienen de la Eucaristía y de la oración, porque ellos no admiten que la Eucaristía sea la carne de nuestro Salvador Jesucristo, cuya carne sufrió por nuestros pecados, y a quien el Padre resucitó por su bondad.”⁹ Ignacio también dio testimonio de la primacía de Roma, llamando a la Iglesia Romana “digna de Dios, digna de honor, digna de parabienes”, la Iglesia que “teniendo la presidencia del amor, andando en la ley de Cristo y llevando el nombre del Padre”.¹⁰

LA ORDEN DE LA IGLESIA

El Nuevo Testamento trae a la luz amplios testimonios de la antigua fe de los cristianos romanos. Roma marca el destino final de los Hechos de los Apóstoles. Roma fue la dirección postal de la primera carta canónica de San Pablo.

Los antiguos romanos guardaron su herencia como un tesoro. Sabían, con infalible instinto cristiano, lo que el africano Tertuliano diría tan elocuentemente en el Siglo III: La semilla es la sangre de los

⁹ San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Esmirnianos*, 6.2-7.1.

¹⁰ San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos*, Prólogo.

mártires. De ser así, los romanos fueron bendecidos por tener entre sus mártires a Pedro y Pablo.

No existe documento legal – ni siquiera uno falsificado – que se refiera a los sucesores de San Pedro como poseedores titulares de la Iglesia, guardianes de las llaves. Pero los antiguos cristianos no necesitaban más prueba que las Escrituras y la tradición apostólica.

San Clemente de Roma, el tercer sucesor de Pedro, se sintió lo suficientemente seguro en su cargo para llamar la atención a una remota congregación en Corinto, Grecia. Pudo hacerlo debido a que hablaba con la autoridad de Pedro, misma que le fue otorgada por el mismo Cristo. Cuando concluye su carta, exhorta a los corintios a “prestar obediencia a las cosas que os hemos escrito por medio del Espíritu Santo.”¹¹ En otra parte de la carta habla de sus palabras como “dichas por Él por medio de nosotros”.¹² Se trata de afirmaciones muy serias, pero los cristianos las aceptaban. Un siglo después, la Iglesia griega aún proclamaba las palabras de Clemente en la liturgia.

Obediencia a Cristo en la persona de su vicario: tal es el testimonio común de los Padres. Cuando los santos del este y del oeste veían peligro, apelaban al Papa. Se encuentran este tipo de peticiones en las obras de San Ireneo (Siglo II), San Basilio el Grande (Siglo IV), San Juan Crisóstomo (principios del Siglo V), San Cirilo de Alejandría (mediados del Siglo V) y San Máximo el Confesor (Siglo VI). A San Ireneo le gustaba recitar la lista de todos los papas que sucedieron a San Pedro en su silla.

Una y única, estos Padres de la Iglesia primitiva fueron hombres con conocimiento enciclopédico de las Escrituras. Cuando deseaban alguna acción apoyada por la autoridad de Jesucristo, sabían dónde enviar su petición. A veces la respuesta papal los decepcionaba, pero mantenían su fe en el oficio papal.

¹¹ San Clemente de Roma, *Carta a los Corintios*, 63,2

¹² *Ibid*, 59.1.

En el año 376, San Jerónimo, el mayor erudito de las Escrituras del mundo antiguo, dirigió al Papa San Dámaso I un torrente de sellos bíblicos del papado: “Hablo con el sucesor del pescador y discípulo de la cruz. Siguiendo solo a Cristo como mi primado, estoy unido en comunión con Vuestra Beatitud, es decir, con la silla de San Pedro. Sé que sobre esta Piedra se edificó la Iglesia. Quienquiera que coma del cordero fuera de esta casa es profano. Quienquiera que no esté en el Arca de Noe perecerá cuando prevalezca el diluvio”.

Ser cristiano era obedecer a Jesucristo. Para ser cristiano se debía obedecer al vicario de Cristo, el Papa.

No era solo la enseñanza de los eclesiásticos que tenían un interés personal en el poder papal. Era la fe de las congregaciones.

El pueblo romano transmitió muchas tradiciones del ministerio de San Pedro en su ciudad. Según la historia, durante su encarcelamiento, el Apóstol predicó entre sus carceleros quienes le rogaron el bautismo. Al no encontrar agua suficiente, Pedro oró y una fuente de agua pura manó en la celda. Hoy podemos encontrar un testimonio muy antiguo de esta historia en los muros de la Catacumba de Commodilla. Ahí, los primeros cristianos plasmaron a Pedro como un nuevo Moisés, golpeando un muro de piedra y extrayendo agua.

La veneración por el papado no era solo una cuestión romana. Un ataúd en Arles, Francia, construido cerca de la misma época, muestra a Cristo entregando la Ley a su nuevo Moisés.

Cristo entregó su Ley a Pedro con la gracia del estado. Pedro se la heredó a Lino, Lino a Cleto y Cleto a Clemente.

Lo que era verdad universalmente también era verdad de manera local. Ya hemos visto como Ireneo, Eusebio y otros consideraban esencial la sucesión apostólica para el oficio de todos los obispos locales. También existen amplios testimonios que indican que los sacerdotes y los diáconos apoyaban el ministerio de los obispos locales. Ya en el año 107 A. D., San Ignacio comparó la unidad del clérigo con la unidad de Cristo con Dios Padre: “Os aconsejo que seáis celosos para hacer todas las cosas en buena armonía, el obispo presidiendo a la semejanza de

Dios y los presbíteros según la semejanza del concilio de los apóstoles, con los diáconos también que me son muy caros, habiéndoles sido confiado el diaconado de Jesucristo, que estaba con el Padre antes que los mundos y apareció al fin del tiempo”.¹³ Es un tema constante en las cartas de Ignacio y enfatiza su linaje apostólico. (Podemos observar por nosotros mismos los oficios en el Nuevo Testamento: obispos y diáconos en Filipinos 1,1 y 1 Timoteo 3,1-13, sacerdotes [presbíteros] en 1 Timoneto 5,17 y Santiago 5,14-15). Muchos de los primeros padres observarían esta estructura tripartita anunciada en los oficios del Antiguo Testamento del alto clero, sacerdotes y levitas.

Los oficios no tratan tanto acerca del poder como del servicio. El servicio es el verdadero significado del *ministerio* del mundo. Es la raíz del significado de la palabra *liturgia*. Durante los siglos de persecución existieron pocas oportunidades de ejercer el poder. Existieron innumerables oportunidades de servir. Fue como Jesús lo prometió: “El más grande entre ustedes será el que los sirva” (Mateo 23,11). Los diáconos, sacerdotes y obispos eran ministros y siervos del Evangelio. El papa – en palabras de uno de los Padres posteriores – era el siervo de los siervos de Dios.

Breve perfil: San Clemente de Roma (Siglo I)

San Clemente fue el tercer papa después de San Pedro. De acuerdo con una antigua tradición, fue ordenado por el mismo Príncipe de los Apóstoles. La *Carta de Clemente a los Corintios* era venerada en la Iglesia primitiva. Difundida por todos los rincones y traducida a muchos idiomas, en algunos lugares se le consideraba entre las escrituras del Nuevo Testamento. Algunos pasajes sugieren que fue escrita antes de la rebelión de Judea y de la destrucción del Templo de Jerusalén (67-70 A. D.). Pero los historiadores antiguos la ubican un poco después (97 A. D.). San Clemente muestra una natural familiaridad con la Biblia entera. Uno de los principales temas en esta carta es la *armonía* entre los diversos oficios de la Iglesia. Al igual que San Ignacio antes que él, ve esta unidad como un reflejo terrenal de la comunión de Jesús con Dios

¹³ San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Magnesianos*, 6.1.

Padre. “Cristo viene de Dios, y los apóstoles de Cristo. Una y otra cosa se hizo ordenadamente por designio de Dios...Pregonando por lugares y ciudades, iban estableciendo a los que eran como primeros frutos de ellos...ser obispos y diáconos de los que habían de creer...Establecieron a los ya mencionados y después dieron normas para que, si morían, otros hombres probados recibiesen en sucesión su ministerio”.¹⁴

LA FAMILIA EN LA MISIÓN

A lo largo de los primeros tres siglos, la Iglesia creció a una tasa bastante sostenida de 40 por ciento por década.¹⁵ Se difundió más rápidamente en las ciudades y creció a pesar de la persecución intermitente, las epidemias y los desastres naturales. A principios del Siglo IV, aunque la Iglesia sufría su más brutal persecución, los cristianos representaban al menos una ligera mayoría de la población en las áreas urbanas.

No podemos más que maravillarnos ante el triunfo de la fe de nuestros ancestros. Todas sus hazañas son todavía más admirables si consideramos a la cultura que intentaban evangelizar.

Se trataba de una cultura cruel y violenta, cruda y pornográfica. Los Padres de la Iglesia vieron surgir esta impureza y crueldad como vicios hermanos del alma. El primero es la impureza, que reduce a otras personas primero a simples medios de satisfacción sensual y después, a meros objetos de deporte.

Esto es tan cierto en las culturas como en las almas. Consideremos a la Roma de los Siglos I y II A. D., pero no juzguemos por lo que vemos en los museos. Agradecemos en su lugar que hoy los curadores poseen cierto sentido del decoro. Porque los restos de la Roma Imperial están abrumadoramente sexualizados. Los muros de Pompeya son escandalizadores porque las cenizas volcánicas lo preservaron en vivos colores, pero sus adornos no difieren mucho de los que aparecen en los

¹⁴ San Clemente de Roma, *Carta a los Corintios*, 42,44.

¹⁵ Para los datos demográficos de este capítulo y algunos detalles del siguiente, estoy en deuda con Rodney Stark, *El auge del cristianismo*, Andrés Bello, Barcelona, 2001.

jarrones comunes, lámparas o joyería de la época. La decoración de las casas de los burgueses era poco diferente de la de las habitaciones comunes de los prostíbulos.

Las familias parecían renuentes o incapaces de preservar la inocencia de los niños. Los que enviaban a los niños a la escuela asumían que los tutores los acosarían sexualmente. Sin límite de tiempo libre y sin vigilancia, los adolescentes deambulaban por las calles en pandilla. Pasaban su tiempo realizando actos vandálicos, actividades homosexuales y de vez en cuando, violando a alguna prostituta.

Casaban a las niñas a los 11 o 12 años con un hombre mucho mayor y no de su elección. Los amigos celebraban la boda cantando canciones obscenas. “La noche de bodas”, escribe el historiador francés Paul Veyne, “adquiría la forma de una violación legal”.¹⁶

Las costumbres maritales implicaban que la niña recién casada esperara una relación violenta, con abundante sodomía, abortos y abuso. Del hombre se esperaba adulterio. El infanticidio era común, especialmente en el caso de las niñas. En una ciudad del imperio, el censo incluía a 600 familias en las que únicamente seis habían criado a más de una hija. Aunque se trataba de familias numerosas, mataban de manera rutinaria a las bebés hembras. En otra ciudad, una reciente excavación arqueológica reveló una antigua cloaca llena de huesos de cientos de recién nacidas.

Pero si el matrimonio se volvía demasiado desdichado, al menos el divorcio era fácil. Todo lo que se necesitaba era que una de las partes abandonara el hogar con la intención de divorciarse.

Todas estas costumbres se reflejaban en el entretenimiento popular: la música y el teatro. Cuando los romanos se cansaban del sexo, acudían en masa a los circos para ver a las bestias o a los gladiadores torturar y matar a los criminales. También los gladiadores derramaban su sangre entre ellos.

¹⁶ Paul Veyne, *Historia de la vida privada*, vol. 1: Imperio Romano al año mil (Taurus Ediciones, 1987).

Así era el mundo en el que sirvieron los Padres de la Iglesia y en el que los antiguos cristianos criaron a sus familias. Podría llamársele una cultura de la muerte.

Pero los cristianos se distinguieron de inmediatamente. No tomaron parte en la impureza o la crueldad. Poseemos muchos sermones y tratados de esos años que condenan la grosería del teatro, el morbo del circo y el comportamiento de los romanos ordinarios en la alcoba. Pero lo más asombroso es el testimonio de los mismos paganos.

Los romanos estaban francamente asombrados por los cristianos puesto que la rutina de éstos últimos había logrado algo que los romanos consideraban imposible. Los cristianos predicaban y practicaban una variedad de virtudes que incluían la abstinencia sexual: castidad, pureza e incluso celibato para toda la vida.

El gran médico pagano Galeno escribió: “Incluso enumera individuos que, con autodisciplina y autocontrol, han alcanzado un estado no inferior al de los genuinos filósofos”.¹⁷ Incluso la mayoría de los estoicos, quienes supuestamente despreciaban la pasión humana, creían que las pasiones sexuales se mitigaban mejor con la complacencia.

Pero incluso casados, los cristianos se esforzaban por lograr la pureza y el verdadero amor. Un cristiano del Siglo II escribió acerca de sus correligionarios: “Se casan, como lo hacen los otros, conciben hijos, pero no cometen infanticidio. Comparten una mesa común, pero no una cama común”.

Fue la moral cristiana y el evidente amor de las familias cristianas lo que gradualmente convirtió al Imperio Romano.

Los prostíbulos habían ejercido cierto atractivo poder sobre Roma, pero los prostíbulos no brindaban satisfacción. Los inquietos

¹⁷ Mencionado en Richard Walzer, *Galen on Jews and Christians* (Galeno sobre judíos y cristianos) (Londres, Oxford, 1949), 65.

paganos se abandonaron a su cruel lujuria sanguinaria en el circo, pero el circo no les dio satisfacción.

Lo que atrajo a estos ciudadanos desanimados a la Iglesia fue la evidente paradoja de la vida familiar de los cristianos, que eran castos pero habían encontrado la paz.

Breve perfil: San Juan Crisóstomo (ca. 347-407)

Juan vivía como monje cuando su obispo lo sacó de su reclusión y lo ordenó para servir en la Iglesia de Antioquía. Muy pronto Juan adquirió una buena reputación como predicador. Sus congregaciones lo apodaron “boca de oro” (*Crisóstomo* en griego). Aunque Juan era célibe, poseía una aguda apreciación de la santidad del matrimonio cristiano. Llamó a la familia doméstica “la Iglesia en miniatura”¹⁸ Incluso habló del matrimonio en términos que sugerían a la Santa Trinidad: “El hijo es un lazo que conecta a la madre y al padre, así los tres se convierten en uno”.¹⁹ Al predicar acerca de la unión carnal de la pareja casada, preguntó: ¿Cómo se convierten el hombre y la mujer en “una sola carne?” Y respondió: “Como si ella fuera oro recibiendo el oro más puro, la mujer recibe la semilla del hombre con gran placer y dentro de ella es nutrida, querida y refinada. Se mezcla con su propia sustancia y así la devuelve como hijo”.²⁰

Aunque el enfoque de Juan sobre el matrimonio era muy positivo, también reconoció que ciertas acciones eran pecados contra el sacramento. Vio la contracepción como un acto de profanación. Si el matrimonio es una imagen de Dios y de la Iglesia, entonces debe ser una verdadera comunión y verdaderamente fructífera, como lo son Dios y la Iglesia. Por la misma razón, Juan condenó el adulterio, la violencia doméstica, el aborto, el divorcio y otros actos tradicionalmente rechazados por los cristianos.

¹⁸ San Juan Crisóstomo, *Carta a los Efesios* 20.6

¹⁹ San Juan Crisóstomo, *Carta a los Efesios* 12.5

²⁰ San Juan Crisóstomo, *Carta a los Efesios* 12.5

LA IGLESIA Y LA CULTURA DE LA MUERTE

En el pagano Imperio Romano, el aborto y el infanticidio eran sucesos comunes que requerían de poca deliberación. El niño no lograba personalidad hasta ser reconocido por la cabeza de la familia. Inmediatamente después del nacimiento del niño, una comadrona lo colocaba en el suelo y convocaba al padre. Éste examinaba al niño con su criterio de selección en mente.

¿Era su hijo? Si el hombre sospechaba el adulterio de su esposa – el pasatiempo favorito de los paganos romanos – rechazaba al niño sin ni siquiera mirarlo.

Si era una “odiosa hija” (la clásica expresión romana para referirse a la descendencia femenina), giraba sobre sus talones y abandonaba la habitación.

Si tenía cualquier tipo de “defecto”, hacía lo mismo.

Para los romanos la vida humana empezaba cuando el bebé era aceptado en la sociedad. El hombre no “tenía un hijo”, “tomaba un hijo”. El padre lo “elevaba” levantándolo del piso.

Estos seres inexistentes que eran abandonados en el piso – mientras la madre observaba desde la silla de parto – podían ser ahogados inmediatamente o expuestos a los carroñeros en el basurero del pueblo.

De hecho, la mayoría de las culturas paganas consideraban su tarea matar a los recién nacidos con “defectos”. Platón y Aristóteles elogiaron esta práctica y el historiador romano Tácito, dijo que era “siniestro e indignante” que los judíos prohibieran el infanticidio.²¹ El filósofo Séneca dijo: “Lo que es bueno debe colocarse a parte de lo que no es bueno para nada”.²²

Contra dichas costumbres, la Iglesia enseñó sistemáticamente que la vida empieza en la concepción y debe continuar hasta la muerte

²¹ Tácito, *Historias* 5.5

²² Mencionado en Veyne, 9

natural. Respecto a estos asuntos de vida y muerte, el Cristianismo contradijo las costumbres paganas en casi cada punto. Lo que para los romanos y griegos eran actos virtuosos – contracepción, aborto, infanticidio, suicidio, eutanasia – eran abominaciones para los cristianos. Los escritos son especialmente amplios respecto al aborto, condenado por la *Didaché*, la *Epístola de Barnabas*, el apócrifo *Apocalipsis de Pedro*, por Clemente de Alejandría, Atenágoras, Justino, Tertuliano, Minucius Félix, Hipólito, Orígenes y Cipriano. Esta lista parcial nos lleva solo hasta mediados del Siglo III.

Las prácticas contra la vida crearon una crisis para los paganos. El aborto y el infanticidio condujeron a bajas tasas de fertilidad, alta mortalidad materna, falta de mujeres en edad de matrimonio y a una ausencia de cuidado familiar para los ancianos. Durante generaciones, la decreciente población nativa de Roma se fue haciendo cada vez más dependiente de los mercenarios extranjeros para llenar las filas del ejército, y de inmigrantes para realizar los trabajos serviles que rechazaban los ciudadanos romanos. Esto crea una infraestructura inestable. Muchos emperadores intentaron legislar sobre la fertilidad, pero la ley está lejos de ser un afrodisíaco y el aborto aniquila por completo el amor de una pareja, del mismo modo que aniquila la vida de su bebé. Por otro lado, la gente había crecido acostumbrada a una vida sin ataduras, ociosa, a la deriva de un placer a otro, sin el estorbo de los niños.

Un creciente número de personas estaba insatisfecho con las consecuencias sociales de sus pecados, pero no estaba dispuesto a abandonar su comportamiento pecador. ¿Qué debía hacer la cultura?

Los cristianos ofrecieron respuestas. Cerca del año 155 A. D., San Justino Mártir escribió al emperador: “Se nos ha dicho que es infame exponer incluso a los recién nacidos...Porque entonces seremos asesinos”.²³ En el mismo siglo, Atenágoras dijo: “Aquellas mujeres que usan drogas para provocar un aborto cometen asesinato”.²⁴

²³ San Justino Mártir, *Primera Apología*

²⁴ Atenágoras de Atenas, *Petición por los Cristianos*

Los cristianos sabían instintivamente que ninguna sociedad podría vivir y crecer si extinguía la vida en la semilla y en el brote. Ninguna sociedad podía ser para todos si se negaba a acoger a las personas más vulnerables. Fueron los cristianos quienes crearon la primera sociedad verdaderamente tolerante, acogedora y que los incluía a todos, con un notable sistema de bienestar social. Lo hicieron porque ellos, a diferencia de sus gobernantes, no solo toleraban al pobre y al débil, sino que lo amaban con un afecto que no era simplemente humano. Veían a la más pequeña familia humana como la imagen de Dios, como Cristo, a quien debe dársele la bienvenida, como ángeles pidiendo posada.

Un documento del Siglo III, la *Didascalia Apostolorum*, lo resume con un amoroso símil: “Deben cuidar de los huérfanos y de las viudas por ser éstos el mismo altar de Cristo”.²⁵

De dicha reverencia por la vida surgió la verdadera seguridad social, la verdadera estabilidad y prosperidad.

El documento extrabíblico más antiguo, la *Didaché*, empieza con estas palabras: “Existen dos caminos, uno de vida y otro de muerte, y existe una gran diferencia entre ambos caminos”. Los antiguos cristianos convirtieron su mundo de uno de sus caminos al otro, y fueron juzgados justos.

Breve perfil: Carta a Diogneto

En el Siglo II surgió un movimiento de escritores cristianos llamados “los apologistas”. Se esforzaron por explicar y defender la fe. El más famoso de ellos fue San Justino Mártir. Pero uno de los apologistas es valioso por haber producido una especie de documental: una vívida narración de cómo se comportaban los cristianos. No sabemos el nombre del autor de *Carta a Diogneto*. Se dirigía a un funcionario romano, con deferencia, asumiendo que el gran Diogneto era inteligente y de mente abierta.

²⁵ *Didascalia Apostolorum* 9

Primero, dijo, no se puede distinguir a un cristiano con solo mirarlo. “Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto... [Siguen] las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable”. Los cristianos se mezclan, hasta cierto punto. Igual que todos, “se casan y engendran hijos”. Sin embargo, rechazan las prácticas paganas inmorales, como el aborto, el infanticidio y el adulterio.

Los cristianos eran buenos incluso para el orden económico y social. “Obedecen las leyes prescritas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Son pobres, y enriquecen a muchos”. Entonces nuestro autor hizo esta notable afirmación: “Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo”. Los cristianos son el principio que da vida al mundo. Son poco impresionantes a la vista, incluso invisibles, pero sin ellos, la empresa humana entera está condenada. “El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo... El alma se perfecciona con la mortificación en el comer y beber; también los cristianos, constantemente mortificados, se multiplican en número”.

PERSECUCIÓN Y MARTIRIO

Los antiguos cristianos daban un gran valor a la vida humana y buscaban protegerla y preservarla, especialmente cuando ésta era más vulnerable. Sin embargo, había algo que valoraban más que sus propias vidas, era el don de la vida eterna, de la salvación ganada por Jesucristo para ellos. Muchos de los primeros cristianos eligieron morir antes que renegar de Cristo, renunciar a su fe o adorar a falsos dioses.

Desde el principio los cristianos soportaron persecuciones. Jesucristo murió a manos de sus enemigos. Poco después, siguió San Esteban (ver Hechos 7), y luego muchos otros (ver Apocalipsis 6,9 y

17,6). De acuerdo con la tradición, todos los Apóstoles, menos uno, murieron como mártires.

¿Qué tenía el Cristianismo que atraía tanta hostilidad? Tanto los judíos como los gentiles lo percibieron como una amenaza para el orden social. Para los fariseos y los saduceos, el Cristianismo predicaba un universalismo que desdeñaba el exclusivismo judío; el Cristianismo vaticinaba una era en la que el Templo de Jerusalén ya no tendría importancia o ya ni siquiera existiría. Por su lado los gentiles temían que el Cristianismo destruyera lazos de lealtad con familias y tribus, dando en su lugar primacía a la Iglesia, la familia universal de Dios. Se preguntaban, ¿qué sucedería cuando sus esposas e hijos dejaran de rezarles a los dioses domésticos, los dioses de sus antepasados? ¿Traería calamidades a su familia, ciudad o incluso al imperio?

Para las autoridades romanas, el Cristianismo representaba un desafío directo a la ideología imperial. César reservaba el título de “Señor” para sí mismo y sin embargo, San Pablo predicaba que existía *un solo* Señor: Jesucristo. Este aparente desafío a la supremacía del César desempeñó un papel de gran importancia en la propia sentencia de muerte de Jesús (ver Juan 19,12-13). Más aún, los cristianos se rehusaron (al igual que los judíos antes de ellos) a ofrecer sacrificio al espíritu guía del emperador, su *genio*. Este era el acto religioso que empleaban los romanos para unificar un imperio vasto y religiosamente diverso.

Junto con esta preocupación relativamente razonable, había rumores absurdos. Los romanos educados, que hubieran debido ser más razonables, describieron a los cristianos como incestuosos – después de todo, los creyentes llamaban a todos, incluso a sus cónyuges, “hermanos” y “hermanas” – y caníbales, ¡que se comían el cuerpo de Cristo y bebían su sangre en cada Misa!

En el año 64 A. D., el emperador Nerón emprendió la primera exterminación de cristianos a gran escala. El historiador romano Tácito (quien despreciaba al Cristianismo, pero despreciaba aún más a Nerón), describió las dantescas torturas que tuvieron lugar en una fiesta en los jardines de Nerón. Algunos cristianos estaban disfrazados con piel de

animal y eran destrozados por perros salvajes. Otros eran crucificados. Por la noche, Nerón quemaba algunos cristianos vivos como antorchas humanas para iluminar los jardines.

Los excesos de Nerón ofrecieron un antecedente legal para las proezas posteriores. Las persecuciones tuvieron lugar de manera intermitente durante los dos siglos y medio en que el Cristianismo fue ilegal. Los historiadores antiguos identificaron diez periodos de represión más intensa: bajo Nerón (64-68), Domiciano (81-96), Trajano (98-117), Marco Aurelio (161-180), Septimio Severo (193-211), Maximino (235-238), Decio (249-251), Valerio (253-260), Diocleciano (284-305) y Galerio (305-311). Se intercalaron periodos de relativa paz para la Iglesia. Existían rumores generalizados de que el emperador Filipo el Árabe (244-249), por ejemplo, era cristiano en secreto y algunas fuentes dicen que la madre de Filipo fue instruida por el Padre de la Iglesia Orígenes de Alejandría. Eusebio afirmaba que Decius, el sucesor de Filipo, persiguió despiadadamente a la Iglesia solo para mostrar su profundo odio por Filipo.

Pero a los romanos nunca les faltaron otros motivos. Tertuliano dijo que todos estas desgracias del imperio se atribuían a la negligencia de los cristianos por los antiguos dioses: “Si el Tíber sube a las murallas; si el Nilo no llega a regar las vegas; si el cielo está sereno y no da lluvias; si la tierra tiembla o se estremece; si el hambre aflige; si la peste mata, luego grita el pueblo: ‘¡Arrójense los cristianos al león!’ ¿Un león para tantos?”²⁶

El valor de los mártires animaba a los creyentes, quienes esperaban las ejecuciones con devoción y las trataban como solemnes liturgias. Siempre que podían, tomaban los restos de los mártires y los veneraban eternamente como reliquias. El valor de los cristianos también provocó una gran impresión en los no creyentes, quienes se maravillaban de que los hombres y las mujeres pudieran tener algo tan precioso como para morir por ello, cuando muchos pueblos ateos tenían

²⁶ Tertuliano, Apología (367-369), disponible en línea en www.camino-neocatecumenal.org/Neo/leer%20y%20meditar/Tertuliano/Tertuliano%20-%20APOLOGIA.pdf.

poco por qué vivir. San Justino dijo que el valor de los mártires ejerció influencia sobre su propia conversión al Cristianismo. Y no era el único. Tertuliano dijo: “Más somos cuanto derramáis más sangre; que la sangre de los cristianos es semilla”.²⁷

Sin embargo, no todos los cristianos eran tan valientes. San Cipriano, un obispo africano del Siglo III, lamentó que muchos en este rebaño cuando se les ordenaba ofrecer sacrificio, “corren al mercado por propio acuerdo, se dieron prisa libremente...como si ahora desearan aprovechar una oportunidad para hacer lo que siempre han deseado”.²⁸ Para la Iglesia primitiva, no existía mayor tragedia que ésta, no existía mayor pecado que la apostasía.

San Cipriano le hizo eco a San Pablo (1 Corintios 10-11) cuando trazó un agudo contraste entre el sacrificio a los ídolos y el sacrificio de la Eucaristía. “Ustedes han venido al altar en sacrificio; ustedes se han convertido en víctimas: ahí han inmolado su salvación, su esperanza; ahí han quemado su fe en los fuegos mortales”.

Sin embargo, los mártires cristianos obtuvieron su fortaleza del altar de la Iglesia. Así como Jesús les dio su vida en la Eucaristía, así ellos le darían su vida en el martirio. A menudo hacían explícita la relación: “Soy el trigo de Dios”, dijo San Ignacio de Antioquía, “y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro de Cristo”.²⁹

Breve perfil: San Policarpo de Esmirna (ca. 69 – ca. 155)

San Policarpo fue el primer cristiano, después del Nuevo Testamento, cuyo juicio y martirio se registraron detalladamente. El *Martirio de San Policarpo* se escribió poco después de la muerte del obispo y se distribuyó inmediatamente, como lo dice su prefacio, “a

²⁷ Ibid (460)

²⁸ San Cipriano, Carta a los Lapsis, disponible en línea en www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/audiencias/2007/documents/hf_ben-xvi_aud_20070606_sp.html

²⁹ San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos* 4.

todas las comunidades de la Santa Iglesia Católica por doquier”. Este documento establece los términos de todos los futuros debates acerca del martirio. Recomendaba a los cristianos no buscar activamente el martirio. De hecho, relata la historia de un cristiano, llamado Quintus, quien en un principio se entregó (?), pero escapó cuando vio que los animales salvajes venían hacia él. Por otro lado, San Policarpo enfrentó su sentencia con paz y buen humor. Su martirio se presenta como una liturgia. Sus últimas palabras adquieren la forma de una oración eucarística, que se cierra con doxología. Cuando las llamas alcanzaron su cuerpo, el narrador nos dice que la pira no despidió el olor de carne quemada, sino el aroma de pan horneado: una ofrenda pura, una Eucaristía.

HEREJÍAS, CONCILIOS Y CREDOS

Los antiguos cristianos hablaban a menudo de la fe como una posesión sagrada, algo que se les había confiado: “la fe ha sido transmitida a los santos” (Judas 3).

La revelación divina se completó con la muerte del último Apóstol, pero esto no significa que todos los puntos de la doctrina estuvieran perfectamente claros. Incluso San Pedro, el primer papa, declaró, “como les ha escrito nuestro hermano Pablo” en todas las cartas donde trata este tema. “En ellas hay pasajes difíciles de comprender, que algunas personas ignorantes e inestables lo interpretan para su propia perdición” (2 Pedro 3,16).

Desde la primera generación, esta curiosa combinación de ignorancia y orgullo vulneró la unidad de la Iglesia. El Nuevo Testamento brinda abundante evidencia de cristianos descarriados cuyas enseñanzas erróneas hicieron que otros perdieran el camino. San Pablo fue acosado por “judaizadores” que deseaban restaurar las antiguas leyes dietéticas y el requisito de la circuncisión (Gálatas 1-3). San Juan contendió con gente que negaba la verdadera humanidad de Jesús (2 Juan 1,7). Aparentemente San Timoteo tuvo que lidiar con gente que se entregaba a la especulación estoica (1 Timoteo 1,3-4) y negaba la bondad del matrimonio (1 Timoteo 4,1-3). A San Judas le

preocupaban los cristianos que abusaban de la gracia de Dios desobedeciendo la ley moral y pecando con audacia (Judas 4). Y también estaba Simón el Mago, que creía que podía comprar el poder del Espíritu Santo (Hechos 8,9-19). Hacia el final de la Biblia, se lee acerca de un grupo disidente que fue lo suficientemente molesto como para llevar el nombre de “Nicolaítas” (Apocalipsis 2,6).

Sin embargo, las herejías tenían también su propósito providencial. Al igual que las persecuciones, servían para fortalecer a la Iglesia, hacerla más clara y más fervorosa. San Agustín lo dijo bien: “Porque muchas cosas que pertenecen a la fe católica, cuando los herejes, con su cautelosa y astuta inquietud, las turban y desasosiegan, entonces, para poderlas defender de ellos, se consideran con más escrupulosidad y atención, se perciben con mayor claridad, se predicán con mayor vigor y constancia, y la duda o controversia que excita el contrario sirve de ocasión propicia para aprender”.³⁰

En los primeros siglos de la Iglesia no faltaban tales ocasiones. A principios del Siglo II, San Ignacio de Antioquía se quejaba de los *docetistas*, aquellos que pretendían que la carne de Jesús era una ilusión. Unas décadas después, la Iglesia enfrentó el desafío del gnosticismo, una oleada de movimientos herejes que negaban la bondad de la creación y enseñaba que la salvación estaba reservada exclusivamente para una elite espiritual. En cierta forma relacionado con el gnosticismo, estaba el marcionismo, fundado por un magnate naviero que negó el Antiguo Testamento y llamó demonio a su Dios. En poco tiempo, Marción financió una empresa que le sobreviviría durante siglos, ¡aun cuando se arrepintiera antes de morir!

En el capítulo 2 se trató la importancia de la “regla de fe”. Dichas profesiones, en su forma resumida, defendían íntegramente la fe y se usaban como indicador para evaluar la doctrina. Como elementos de la fe enfrentaron desafíos, dudas o rechazo, las iglesias consideraron necesario aclarar su contenido detalladamente. En el Egipto del Siglo III, Orígenes incluyó siete categorías generales en su debate acerca de

³⁰ San Agustín, *La Ciudad de Dios*, 16-II

la regla: (1) la unidad de Dios y su papel como credor; (2) la eternidad del Mundo Divino, que se hizo carne en Jesucristo; (3) la veneración del Espíritu Santo; (4) la inmortalidad del alma y la realidad del juicio divino; (5) la existencia del demonio y sus ángeles; (6) el hecho de la creación en el tiempo y, (7) el origen divino de las Escrituras.³¹

Sin duda, la Iglesia de Alejandría afinó cada punto teniendo en cuenta adversarios particulares. De este modo, con el tiempo, la Iglesia estableció un resumen más preciso de declaraciones: credos, del credo latino que significa “yo creo”. El credo que recitamos hoy como el Credo de los Apóstoles es esencialmente el mismo que se usaba en la liturgia bautismal romana en el año 200 A. D. y podría ser mucho más antiguo.

Los credos se convirtieron en “reglas”, en las varas para medir la verdadera doctrina. Los obispos eran sus guardianes. Normalmente cada obispo decidía controversias doctrinales y problemas disciplinarios que surgían en sus territorios. Si no había más remedio, podía apelar al papa. Sin embargo, en caso de crisis generalizada, los obispos seguían el modelo establecido por los Apóstoles en Hechos 15: Se reunían en concilio. En el siglo II hubo diversos concilios provinciales que se convocaban para enfrentar herejías o para (tratar de) fijar una fecha universal para la Pascua.

A principios del Siglo IV, precisamente cuando la Iglesia celebraba su nuevo estatus legal en el imperio, surgió una herejía especialmente malintencionada: el arrianismo.

Arrio – un brillante y elocuente sacerdote de Alejandría – negaba la divinidad y la igualdad de Dios Padre y Dios Hijo. Afirmaba que el Hijo era una criatura – la primera y la más grandiosa de las criaturas, digna y venerable – pero no obstante una criatura. Publicó tratados populares muy persuasivos y atrajo amigos en la jerarquía de la Iglesia y la burocracia imperial. Su influencia se extendió por doquier. A pesar de todo, encontró una feroz oposición. Al emperador Constantino le

³¹ Orígenes, *De los Primeros Principios*, Prefacio 3-8

preocupaba que la disputa representara una amenaza para la paz tan difícilmente lograda en el imperio. Así que en el año 325, convocó a los obispos de la Iglesia al Concilio de Nicea, cerca de la nueva capital del imperio.

Aunque Arrios parecía tener todas las ventajas en el concilio, sus ideas fueron firmemente rechazadas. El concilio adoptó la palabra griega *homoousion* (de la misma naturaleza) para describir la relación del Padre con el Hijo. Sin embargo, el movimiento arriano resistiría durante siglos, a veces bajo los auspicios de los emperadores.

Durante los siglos sucesivos, la Iglesia enfrentaría muchos otros desafíos doctrinales: contra la divinidad del Espíritu Santo, la persona y naturaleza de Cristo y, la legitimidad de orar con imágenes. Cada disputa crítica condujo a una proclamación más clara de la fe de la Iglesia. Lo que anteriormente estaba *implícito* en las Escrituras y la tradición, gradualmente se volvió *explícito* en la doctrina.

Ya en el Siglo II, San Ireneo hablaba poéticamente de dicho desarrollo: “La predicación de la Iglesia es la misma en todas las regiones, se mantiene igual y se funda en el testimonio de los profetas, de los Apóstoles y de todos los discípulos.... Conservemos esta fe, que hemos recibido de la Iglesia, como un precioso perfume custodiado siempre en su frescura en buen frasco por el Espíritu de Dios, y que mantiene siempre joven el mismo vaso en que se guarda”.³²

Breve perfil: San Atanasio de Alejandría

San Jerónimo se maravilló ante la rapidez con la que la herejía arriana sobrepasó a la Iglesia. “El mundo”, dijo, “despertó un día y gimió de verse arriano”.³³ Oficiales imperiales, respetados sacerdotes y obispos, así como importantes intelectuales, se convirtieron progresivamente a las nuevas ideas. Un hombre permaneció firme y luchó infatigablemente por la tradición apostólica de la divinidad de Cristo. Sus contemporáneos describieron la situación como “Atanasio

³² San Ireneo de Lyon, *Contra los Herejes*, 3.11.1

³³ San Jerónimo, *Diálogo Contra Luciferianos*

contra el mundo”. En el Concilio de Nicea, Atanasio sirvió como secretario de Alejandro, el primer obispo confrontado por Arrio. Unos años después en su lecho de muerte, Alejandro designó a Atanasio como su sucesor. Atanasio serviría como obispo de Alejandría durante 45 años, aunque pasó muchos de estos años en el exilio. Vivió la oposición de confabulaciones eclesíásticas y emperadores impacientes. Fue perseguido por asesinos y fue acusado de asesinato. (Atanasio fue exonerado cuando presentó viva a la supuesta “víctima”). Viajó a Bizancio para implorarlo personalmente al emperador y a Roma para implorarlo al papa. Durante un tiempo vivió en la tumba de su familia. Escribió constantemente hasta el final tratados teológicos y peticiones epistolares. Realizó la primera defensa de la divinidad del Espíritu Santo. Publicó incluso la biografía del monje San Antonio. Terminó sus días en su hogar en Alejandría. El valor de Atanasio plantea una tarea abrumadora a aquel que desee prestar atención a su sugerencia: “No es posible entender las enseñanzas de los santos hasta que se tiene una mente pura y se trata de imitar su vida”.³⁴

LA BIBLIA Y EL CREYENTE

En nuestra era de comunicación masiva, nos es difícil imaginar una época en la que los libros eran raros. Eran caros, ya que cada uno de ellos se copiaba a mano. Poca gente poseía uno y de todos modos pocos podían leerlos. Dadas las circunstancias, nos es difícil apreciar cómo recibieron las Escrituras los primeros cristianos. Y sí las recibieron y las tomaron en serio. Los Padres, en su predicación, asumieron que sus congregaciones poseían un alto nivel de familiaridad con las historias y características tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

¿Cómo adquirieron los creyentes tanta sabiduría? La mayoría de ellos, asistiendo a Misa.

Fue en la liturgia donde la Iglesia proclamó las escrituras sagradas. Una de las primeras descripciones de la Misa proviene de San Justino Mártir, escrita en Roma cerca del año 155 A. D. Inicia su relato

³⁴ San Atanasio de Alejandría, *Acerca de la Encarnación*

del mismo modo que iniciamos hoy la Misa, con la liturgia de la palabra: “Se leen los tratados de los apóstoles y los escritos de los profetas, según el tiempo lo permita. Luego, cuando el lector termina, el que preside se encarga de amonestar, con palabras de exhortación, a la imitación de cosas tan admirables”.³⁵ Los antiguos sermones que han sobrevivido sugieren que en el Siglo II las homilías eran mucho más largas que las homilías en el Siglo XXI. San Justino indica que las lecturas también eran largas. En algunos lugares la liturgia de la Vigilia Pascual, ¡duraba del anochecer hasta el amanecer!

Cuando estas primeras generaciones hablaban de las “Escrituras”, se referían a los libros del Antiguo Testamento en la antigua traducción griega (la Septuaginta). Era la edición preferida por los Apóstoles y otros escritores del Nuevo Testamento. Sin embargo, a finales del Siglo I se encuentra a los padres apostólicos tratando también como Escrituras algunos escritos del Nuevo Testamento. La *Didaché*, San Clemente, San Ignacio y San Policarpo citan los Evangelios y las Epístolas como fidedignos, a veces usando el prefacio habitual “está escrito”.

Los libros así citados son los libros que conocemos, colectivamente, como el Nuevo Testamento. El Fragmento Muratoriano del Siglo II brinda una coincidencia bastante clara con nuestra actual tabla de contenido y se encuentra una coincidencia exacta en la carta de Pascua de San Atanasio del año 367. Al parecer, los Evangelios alcanzaron una aceptación casi universal muy pronto, al igual que las cartas atribuidas a San Pablo. Rara vez los Padres de la Iglesia rechazaron un libro que después fuera aceptado en el canon oficial. Solo ocasionalmente aceptaron como sagrado un libro que finalmente no hubiera obtenido un estatus canónico. Del Siglo II en adelante, había muchos documentos “apócrifos” flotando alrededor, pero generalmente se les reconocía como los productos subversivos de los herejes o de las desorientadas fantasías de devotos excéntricos. Un concilio local en Roma en el año 382, adoptó el mismo canon enlistado por San Atanasio, así como también lo hicieron los sínodos africanos de Hippo (393) y Cartago (397 y 419). El Concilio Romano estuvo

³⁵ San Justino Mártir, *Primera Apología*, 66-67

encabezado por el Papa San Dámaso I, los sínodos africanos por San Agustín. De este modo se observa cómo funcionaban en la Iglesia las ordinarias estructuras de autoridad, deliberando durante siglos para definir la verdad básica de la fe.

No obstante, la Biblia no se autointerpretaba y se ha dicho que la historia de la doctrina cristiana es la historia de la interpretación bíblica.

Las primeras y agueridas divisiones en la Iglesia no enfrentaron a los cristianos “bíblicos” contra los innovadores “extrabíblicos”. Surgieron más bien de los desacuerdos sobre lo que significan las Escrituras. Tertuliano se quejaba de que “los herejes no hacen uso de las Escrituras, sino que abusan de ellas para blasfemar a partir de los precedentes que [Dios] les proporcionó”³⁶ Ciertamente se lamentaba de “esa oración” que siempre “presentaban para justificar” su inacansable especulación: “*está escrito*”.³⁷ Tanto Arrio como sus oponentes redactaron muchos de sus textos a partir del mismo Evangelio: El Evangelio según San Juan. Arrio citó a Juan 3, 35, 14, 28 y otros pasajes para argumentar que Jesús está subordinado al Padre. San Atanasio invocó a Juan 1,1-2, 20, 28 y otros para establecer la deidad eterna de Jesucristo.

La Iglesia buscó la verdad en la tradición apostólica: la regla de fe, el canon de las Escrituras, las palabras de veneración litúrgica y la autoridad de los obispos que poseían la sucesión legítima. Estas eran las medidas seguras de la interpretación bíblica. Los cristianos vivían en una comunidad explicativa que trascendía su momento histórico actual, con sus modas y sus estilos intelectuales. Interpretaban la Biblia a partir de la comunión de los santos. Como Cristo entregó a los Apóstoles tanto las Escrituras como la Tradición, estas dos corrientes de revelación fueron se iluminaban una a la otra, se confirmaban una a la otra. Los oponentes de Arrio, por ejemplo, podrían demostrar que los cristianos en todo periodo habían venerado a Cristo como Dios.

³⁶ Tertuliano, *Sobre la Carne de Cristo*.

³⁷ Tertuliano, *Prescripciones contra todas las herejías*.

Tertuliano afirmaba: “No tomamos nuestra doctrina escritural de las parábolas, sino que interpretamos las parábolas de acuerdo con nuestra doctrina. Tampoco nos esforzamos por distorsionar todas las cosas para evitar contradicciones”.³⁸ Nuestros ancestros espirituales reconocían los límites de su propio entendimiento y confiaba en que Dios es consecuente, incluso si de vez en cuando los eludían sus razones.

Breve perfil: Orígenes de Alejandría (c. 185-c. 251)

De niño, Orígenes observó cuando se llevaron a su padre al martirio. La imagen lo obsesionó toda la vida y se fijó altas normas para su propia entrega. Durante su adolescencia fue un prodigio, dominaba muchos campos de enseñanza secular y teológica. Era aún joven cuando su obispo le confió la instrucción de los nuevos conversos.

Orígenes poseía un especial amor por las Escrituras. A lo largo de su vida produjo más de 2,000 textos, la mayoría de ellos en el campo de la interpretación bíblica. También compiló una edición crítica de la Biblia que incluía diversas versiones en columnas paralelas en griego y hebreo. Fue uno de los primeros teólogos especulativos y a veces su especulación lo llevó más allá de los límites de lo que más tarde se definiría como ortodoxia. Aun así, lo que lo salvó de la herejía fue su voluntad para corregirse, su deseo de enseñar únicamente la fe católica: “Deseo ser un hombre de la Iglesia”, escribió muchas veces,³⁹ y siempre buscó ajustarse a la “doctrina católica”.⁴⁰ Durante su vejez, finalmente se vio capturado por su fe y fue torturado más allá de lo que mucha gente podría soportar, puesto que las autoridades deseaban ponerlo como ejemplo. Pero él se aferró firmemente a la fe. Débil e incapacitado, murió a causa de sus heridas en el año 251.

³⁸ Tertuliano, *Sobre la modestia*.

³⁹ Por ejemplo, Orígenes, *Homilías sobre Lucas*.

⁴⁰ Orígenes, *Homilías sobre números*.

LOS SANTOS PADRES

Cuando los cristianos hablamos de los grandes maestros de la antigua Iglesia, lo hacemos con cierta reverencia. Sabemos que poseen una autoridad especial. Los tratamos como verdaderos padres y en verdad tradicionalmente los llamamos los “Padres de la iglesia”.

Los padres son un selecto grupo de los primeros siglos del Cristianismo. No todos los cristianos que escribieron en esos años se consideran Padres de la Iglesia. Los teólogos han establecido cuatro criterios que deben cumplirse para la “paternidad”: 1. doctrina sensata; 2. vida santa; 3. aprobación de la Iglesia y 4. antigüedad.

El reconocimiento de la paternidad espiritual posee raíces muy profundas. La Iglesia aprendió a honrar a sus padres por Jesús, quien era seguidor de la costumbre judía (ver Juan 6,31, 49). San Pedro describió a la primera generación de cristianos como “los Padres” (ver 2 Pedro 3,4). San Pablo recordó a los corintios que Él era su “padre en Jesucristo” (1 Corintios 4,15). Los que posteriormente heredaron la dignidad de los apóstoles – los obispos – heredarían también el papel patriarcal en la familia terrena de Dios: la Iglesia.

Como vimos a lo largo de este libro, una de las marcas de los padres fue su reverencia por la doctrina que recibieron de los apóstoles. Los padres preservaron, predicaron y transmitieron la regla de fe: el Evangelio de Jesucristo, el consejo moral de los apóstoles y los ritos sagrados de la Iglesia. Vieron el cuerpo de la doctrina como una herencia, un legado sagrado. De este modo, no se entregaron a la experimentación y veían escépticamente la innovación. Tenían un orgullo santo de la ascendencia de su doctrina.

Policarpo habló con poderosa autoridad ya que era un discípulo de San Juan el Apóstol. A su vez, Policarpo era el modelo de referencia del maestro más ilustre de la siguiente generación: Ireneo de Lyons. La influencia de Ireneo se extendió a San Hipólito en la siguiente generación y después a muchos otros. Al término de la vida de San Ireneo, aún no llegamos al año 200 y ya en la Iglesia estaba bien establecido el patrón para invocar, estudiar y honrar a los padres, y también eran muchas las doctrinas distintivas del cristianismo: la

dignidad de sacerdote, diácono y obispo, la Real Presencia de Cristo en la Eucaristía y la autoridad del papado, entre otras cosas.

Cuando un obispo o un concilio hacían pública una declaración acerca de una doctrina o una práctica, la declaración incluía a menudo una apelación a los antecendentes a juicio de “los santos Padres”. Los sacerdotes hacían una cadena (en latín, *catena*) de dichos precedentes, con citas que representaban cada generación entre ellos y la de los apóstoles. Gracias a los textos de los padres, hoy los católicos aún pueden hacerlo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 688) habla de los Padres como “jueces siempre puntuales” de la tradición evangélica. Deseamos venerarlos del modo en que los cristianos los veneraron, por lo que buscamos el juicio de los padres; así descubrimos que nuestra veneración ha permanecido igual, incluso en los más mínimos detalles. De hecho, cuando los editores del *Catecismo* quisieron describir cómo tiene lugar hoy la Misa en las parroquias más representativas, ¡simplemente dejaron textualmente la descripción de San Justino Mártir del año 155!

¿Qué más nos enseñan los padres? Cuando nos persignamos con agua bendita, simplemente estamos repitiendo una acción que ya era tradicional en tiempos de Eusebio de Cesárea y de San Serapión de Egipto. Lo mismo ocurre con la devoción Mariana, la invocación de los santos y la oración por lo muertos entre otras cosas.

A mediados del Siglo IV, San Basilio presentó una lista parcial de costumbres que se habían transmitido de boca en boca desde la época de los Apóstoles. “Éstas nadie las negará”, agregó, y entonces mencionó: persignarnos con la Señal de la Cruz, las palabras y los gestos de la Misa, la costumbre de la santa agua bendita y los óleos, el exorcismo para el bautismo y la doctrina de la Trinidad.⁴¹ Aunque éstas no aparezcan explícitamente en las Escrituras, siempre se han practicado en la Iglesia. Son innegable y esencialmente cristianas.

⁴¹ San Basilio el Grande, *Sobre el Espíritu Santo*.

Nos reconforta observarlo. Porque nosotros como católicos no nos planteamos hipótesis acerca de los orígenes de la fe que vivimos actualmente. No especulamos acerca de nuestra paternidad. Vemos a nuestros padres con el júbilo de hijos e hijas verdaderos. Sostenemos el final de una sólida cadena doctrinal y ésta nos remonta de generación en generación, no a algún tiempo y lugar mitológicos, sino a gente real, en ciudades reales, que sostenían cosas reales en sus manos reales: pan y vino, óleo y agua, pluma y papel.

En el año 434, San Vicente de Lerins estableció reglas para el estudio de los padres: “Ahora en la Iglesia Católica tenemos gran cuidado para sostener lo que se ha creído en todos lados, siempre y por todos...los obispos y los maestros de la antigüedad”.

Es la fe que ahora tenemos la tarea de preservar y compartir.

Breve perfil: San Jerónimo (ca. 347-420)

San Jerónimo procedía de las remotas provincias europeas. Nació en Stridon, la actual Croacia. Durante su adolescencia viajó a Roma para estudiar literatura y retórica. Ahí, experimentó la conversión a una fe más profunda. En esa época la gente tenía la costumbre de retrasar el bautismo tanto como fuera posible por miedo a cometer después un pecado serio e imperdonable.

A los 19 años se consagró a una vida de monje hermitaño. Viajó a través del imperio escribiendo cartas de consejo a sus muchos discípulos, llevando una correspondencia erudita con personas como San Agustín. El Papa Dámaso lo comisionó para revisar la Biblia Latina (la Vulgata). Algunas de estas revisiones equivalieron a traducciones, ¡y algunos libros los tradujo por segunda vez! Jerónimo redactó tanto numerosos comentarios sobre las Escrituras como homilías. Sus *Vidas de Hombres Ilustres* perfilan a 135 cristianos eminentes, ¡desde San Pedro...hasta San Jerónimo! Muchos lo consideran el primer trabajo sustancial de *patrología*, el estudio académico de los Padres de la Iglesia, y fue escrito por uno de ellos.

A C E R C A D E L A U T O R

Mike Aquilina es vicepresidente de Saint Paul Center for Biblical Theology con sede en Steubenville, Ohio. Es autor de muchos libros acerca de los antiguos cristianos y ha presentado diversas series en Eternal Word Television Network. Se le escucha a menudo en la radio católica y escribe regularmente para la prensa religiosa. Mike fue editor de la revista **New Covenant** y del periódico diocesano **The Pittsburgh Catholic**. Hospeda un blog en Internet acerca de la Iglesia Primitiva en www.FathersOfTheChurch.com. Mike y Terri, su esposa, tienen seis hijos.

LECTURAS RECOMENDADAS

Papa Benedicto XVI, Audiencias Generales sobre los Padres de la Iglesia (2007-2008), disponible en línea en español en <http://www.vatican.va/>

Mike Aquilina, *The Fathers of the Church, Expanded Edition* (Los Padres de la Iglesia, Edición ampliada) (Our Sunday Visitor, 2006).

Mike Aquilina, *The Mass of the Early Christians* (La Misa de los primeros cristianos) (Our Sunday Visitor, 2007).

Mike Aquilina, *Signs and Mysteries: Revealing Ancient Christian Symbols* (Señas y misterios: revelación de antiguos símbolos cristianos) (Our Sunday Visitor, 2008).

Mike Aquilina, *The Resilient Church: The Glory, the Shame, and the Hope for Tomorrow* (La Iglesia flexible: la gloria, la vergüenza y la esperanza para el mañana) (Word Among Us, 2007).

Scott Hahn y Mike Aquilina, *Living the Mysteries: A Guide for Unfinished Christians* (Viviendo los misterios: Una guía para los cristianos incompletos) (Our Sunday Visitor, 2003).

Rod Bennett, *Four Witnesses: The Early Church in Her Own Words* (Cuatro testimonios: La iglesia Primitiva en sus propias palabras) (Ignatius Press, 2002).

Hubertus Drobner, *The Fathers of the Church: A Comprehensive Introduction* (Los Padres de la Iglesia) (Hendrickson, 2007).

Rodney Stark, *The Rise of Christianity: How the Obscure, Marginal, Jesus Movement Became the Dominant Religious Force in the Western World in a Few Centuries* (El surgimiento de Cristianismo: De cómo el movimiento oscuro, marginado de Jesús se convirtió en pocos siglos en la fuerza religiosa dominante en el mundo occidental) (HarperCollins, 1997).

Kenneth D. Whitehead, *One, Holy, Catholic and Apostolic: The Early Church Was the Catholic Church* (Una, Santa, Católica y Apostólica: la iglesia Primitiva fue la Iglesia Católica) (Ignatius Press, 2000).

Robert Louis Wilken, *The Spirit of Early Christian Thought: Seeking the Face of God* (El espíritu del antiguo pensamiento cristiano: Buscando el rostro de Dios) (Yale University Press, 2005).